

La Rāslīlā

Narrado por Margaret Simpson

SEGUNDA PARTE: La noche de la luna llena

Hacia el bosque se deslizó Shri Krishna, el Señor de todo, moviéndose sigiloso entre los árboles. Sus pisadas eran tan suaves que ni siquiera los ciervos lo oían.

Al frente, el Río Yámuna fulguraba plateado bajo la luna que salía. El aire estaba lleno de los ruidos de los grillos y las ranas, y denso de la fragancia de las flores nocturnas. El Señor Krishna se detuvo para saborear los sonidos, los aromas, el toque de la tierra y las ramitas bajo sus pies. El bosque parecía especialmente vivo esa noche. Ojos aparecían desde las sombras, como si cada pájaro, cada animal, cada insecto hubieran acudido a observar. Pareciera que los árboles mismos estuvieran atentos y concentrados en la *lila* que estaba a punto de tener lugar.

Silencioso, el Señor Krishna avanzó más allá de los árboles hasta un claro que había en un promontorio junto al río, rodeado de arena plateada. Se llevó la flauta a los labios y entonó en ella una sola frase. Pura y delicada, se estremeció brevemente en el aire nocturno.

En las aldeas, las *gopis* estaban atareadas con sus quehaceres, pero las más alertas aguzaron el oído para escuchar. ¿Era esa la flauta de Krishna? Escucharon de nuevo. Nada. Con esa primera llamada sólo Radha salió en silencio de su casa, de puntitas. Las otras *gopis* regresaron a sus tareas caseras: mover las verduras, extender *chapatis*, llevar a la cama a los hermanitos bebés.

Y entonces llegó de nuevo, inconfundible: el sonido divino de la flauta del Señor, un sonido tan irresistible para el corazón que sobrepasó cualquier otra cosa.

Esta vez, en casas de toda la aldea, las *gopis* soltaron lo que estaban haciendo. El arroz se coció de más, los hermanitos y hermanitas fueron entregados a las madres y abuelos. Desaliñadas, sin prepararse, las *gopis* salieron corriendo de sus hogares, apretando sus saris y con los chales al vuelo. Lo único que les importaba en ese momento era estar con Krishna.

Y la flauta seguía sonando —mágica, cautivadora, llena de promesas— mientras las *gopis*, tropezaban con las raíces de los árboles, se enganchaban espinas en el pelo, corriendo para ser las primeras en alcanzar a Krishna y ganar su amor.

Se toparon con él en un claro junto al Río Yámuna, sentado sobre una roca. Vestía de seda amarilla, con una pluma de pavorreal en el cabello, y estaba absorto en las intrincadas frases musicales que producía con su flauta. Su piel se veía azul a la luz de la luna. Sin aliento, las *gopis* se detuvieron de golpe.

—Se ve distinto —susurró una de ellas.

—¡Parece un dios! —dijo otra.

—Es un dios —dijo Radha, aunque aún le faltaba comprender el sentido total de sus palabras.

Shri Krishna observaba este juego; con la mirada saludaba a cada *gopi* que iba llegando, y cada una sentía que sus ojos se encontraban con los de ella en señal de bienvenida. Tímidas todavía, permanecían juntas, en espera de lo que pasaría después.

Bajando su flauta por un momento, Krishna trazó con el brazo un gran círculo en el aire: una invitación para que las muchachas empezaran el *rasa*. De inmediato, una de las más atrevidas dio un paso al frente y empezó a danzar. Pronto, otras se le unieron también. Alzaron los brazos, girando con deleite. En presencia de Krishna se sentían libres y tan bellas como diosas. Las manos daban palmadas, las ajorcas tintineaban a medida que empezaban a moverse en círculos alrededor de su príncipe pastor.

